

Capítulo 4: Nombres que se repiten

El amanecer en Hiroshima era suave, con un cielo pálido que apenas empezaba a teñirse de naranja. Desde la habitación del fondo, Kyo escuchaba el canto de las cigarras mezclado con el sonido de pasos en la cocina.

Se incorporó lentamente. Aún no entendía si todo era real o si su mente lo estaba traicionando. Pero su cuerpo seguía allí, en ese tiempo que no le pertenecía.

Cuando salió al comedor, Aoi ya servía un plato de arroz y sopa de miso. Lo saludó con un gesto breve.

—Dormiste bien.

—Sí... gracias por todo. En serio.

—No es nada. Si quieres después de comer, puedes acompañarme al hospital. Siempre hace falta ayuda, aunque no seas médico.

Kyo dudó un momento.

—¿Puedo preguntarte algo?

Aoi alzó la vista.

—¿Tu hermano... está en la guerra?

Un silencio breve llenó el espacio.

—Se enlistó en el 44 —respondió ella, dejando los palillos sobre la mesa—. Iba a ser solo por seis meses. Nos escribíamos, pero... hace dos meses que no recibo ninguna carta. No sé si está vivo, si lo capturaron o si ya no queda nadie que me lo pueda decir.

Kyo bajó la mirada. No era la respuesta que quería escuchar. Era peor. La incertidumbre.

—¿Y tus padres?

—Murieron durante los bombardeos en Tokio —dijo, sin dramatismo—. Por eso vine aquí. Pensé que Hiroshima estaría más tranquila.

Se hizo otro silencio, esta vez más largo.

—Perdón por preguntar —dijo Kyo.

—No te preocupes. A veces decirlo en voz alta ayuda a seguir caminando.

Terminada la comida, Kyo la acompañó al hospital. Era un edificio pequeño, de techos bajos y pasillos con más olor a desinfectante que a medicina. Aoi parecía moverse con soltura entre camillas, pacientes y botellas de alcohol.

Mientras ella trabajaba, él se dedicó a limpiar estantes y mover cajas. Pero su mente estaba en otra parte.

Cuando tuvo un momento libre, fue a la biblioteca del hospital. Revisó documentos, mapas, registros de trenes... buscaba algo, cualquier indicio que le explicara por qué había viajado en el tiempo. Volvió al nombre del tren: C11 227.

En un libro de horarios ferroviarios, encontró una línea:

“C11-227: hora de partida 7:30 am, 6 de agosto, Hiroshima a Tokio.”

El corazón se le encogió.

Ese tren... era el último tren que saldría antes de la caída de la bomba atómica.

No sabía cómo, pero su única puerta de regreso también estaba ligada al momento exacto, antes de que la ciudad ardería.

Y el tiempo corría, solo tenía que subir a ese tren.